

## ENTREVISTAS DE VERANO

REIJI NAGAKAWA ► TRADUCTOR AL JAPONÉS DE SHAKESPEARE Y JOYCE

## “Sevilla e Hiroshima se parecen en muchas cosas”

FERNANDO IWASAKI, Sevilla  
Los padres de Reiji Nagakawa le enviaron a una academia militar para que fuera soldado, pero por una ironía del destino regresó convertido en un enamorado de la literatura: “Cuando tenía trece años Japón estaba en guerra con Rusia, así que me enseñaron el idioma del enemigo para conocer su cultura y entonces leí a Tolstoi, Chéjov, Turgeniev y Dostoievsky. Al terminar la guerra quise estudiar literatura rusa, pero tras leer a Shakespeare me decidí por la literatura inglesa”. Tal fue el origen de una vocación que le llevó a ser uno de los más prestigiosos especialistas de su campo, traductor de las obras de James Joyce, Graham Greene, Emily Brontë y el propio Shakespeare, entre otros autores británicos. “Americanos, nunca” —advierde—, “aunque me gustan Melville, Henry James, Scott Fitzgerald y las primeras novelas de Faulkner”.

¿La lectura de Shakespeare influyó en el *kabuki* y el teatro *No*? Nagakawa lo niega: “En Japón los géneros no se mezclan como en Occidente. El sistema cultural japonés, que yo llamo de *cajones*, mantiene pura y aislada cada expresión artística. Por lo tanto, cuando llegaron Shakespeare y el teatro europeo, los japoneses les abrimos un nuevo cajón”.

Las referencias literarias se multiplican en la conversación y caigo en la tentación de creer que Nagakawa hubiera querido traducir a los autores que cita con tanto entusiasmo. Mas no es así, Rudyard Kipling no le agrada lo suficiente, Virginia Woolf tampoco, Beckett ni le conmueve, Oscar Wilde menos y T. S. Eliot le horripila (“¡no me gusta nada!”).

¿Qué autores británicos se le han quedado en el tintero entonces? Reiji hace un gran esfuerzo y menciona a Stevenson, Dickens, Defoe y Swift, para sentenciar tajante: “Después del *Ulysses* ya no hay nada que traducir. Concluida la II Guerra Mundial las mejores novelas en inglés se han escrito en las viejas colonias y no en la antigua metrópoli. Ahora hay que leer a los autores de lengua inglesa de Asia, África y el Caribe”.

De pronto me acuerdo de un colega suyo que fue asesinado y le pregunto si traduciría a Salman Rushdie: “No, no [risas]. Me queda muy poco tiempo en este mundo y no quiero morir sin terminar algunas cosas que tengo pendientes”. Una de esas cosas es una Historia de Andalucía y otra una traducción que ha retomado al cabo de más de treinta años: “Es la novela de un escritor de Trinidad-Tobago, que por estar escrita en un inglés muy turbio traduje al dialecto de Hiroshima que hablé durante mi infancia. Pero ya nadie habla así ni siquiera en Hiroshima. La televisión y la radio han aniquilado lo que ni la bomba pudo destruir”.

Los ojos de Reiji Nagakawa quedan anegados de melancolía cuando habla de esa Hiroshima que ya no existe más que en sus

Reiji Nagakawa (1928) ya había traducido a Joyce, Shakespeare y Greene, cuando en aras de los ideales del 68 renunció a su plaza de profesor en la Universidad de Tokio. Recaló por Sevilla y desde entonces vive en Triana. Andalucía le trae dulces memorias de Hiroshima, el arrasado paraíso de su infancia.



Reiji Nagakawa, en la biblioteca de su casa en Triana.

PÉREZ CABO

sueños. ¿Qué sintió cuando regresó al Japón después de más de veinte años de ausencia? “Así como hay dos Españas”—responde solemne— “también hay dos Japoneses. En Yanago, mi pueblo, la vida seguía como hace siglos, inmóvil. En cambio, en las ciudades ya todo es diferente. He sentido miedo andando por las calles de Tokio y otras grandes poblaciones, quizá porque siempre he sido muy rústico y provinciano”.

Bajo la modestia de sus palabras hay algo que no calza, pues aquel hombre rústico y provinciano que ya en 1940 era capaz de leer a Milton, Gorki, Stendhal y Goethe en sus respectivas lenguas, renunció a su plaza de catedrático en la prestigiosa Univer-

sidad de Tokio después de apoyar las movilizaciones estudiantiles de la resaca japonesa del 68 francés: “En Japón, después de la II Guerra, la sociedad se dividió entre proamericanos y antiamericanos. Los jóvenes antiamericanos eran pacifistas, reformistas y progresistas. Yo suscribí esos ideales sin haber sido nunca antiamericano, ya que ni siquiera concibo el mundo como un rompecabezas dividido en países. No hay nada peor que los nacionalismos”.

Aunque Reiji reniega de los nacionalismos, admite la existencia de un común denominador cultural que puede pesar como una losa sobre los pueblos. “Los japoneses”—asegura— “somos cultivadores de arroz. Para producir arroz millones de hombres y mujeres tienen que hacer siempre lo mismo al mismo tiempo. No somos una sociedad totalitaria, pero es muy importante hacer lo que hace todo el mundo. Por eso Japón está en las antípodas de

España, del individualismo latino”. Replico que estamos en Andalucía y que aquí también hay rígidas tradiciones que si alguien no las observa chirria o desafina. Reiji me mira indulgente y me habla de los espontáneos en las corridas de toros, quienes “convierten una fiesta muy regulada, como es la fiesta nacional, en una fiesta abierta, caprichosa y popular”. Pienso en el Niño del Sol Naciente y le pregunto qué ocurrirá con la fiesta cuando haya más toreros japoneses, y Nagakawa suelta otro titular: “Japón no necesita más toreros, sino más espontáneos. Lo que hay que hacer en Japón es transgredir”.

Como España ha estado presente a lo largo de toda la charla,

le pregunto cuál era la imagen de España en el Japón de los 60. “España era Franco, y Franco era famoso porque era como Hitler y Mussolini. Por lo tanto, veíamos a España como un país atrasado y reaccionario. Pero a mí más bien me interesaba la historia que une a nuestros países. Cerca de Hiroshima se encuentra la ciudad de Yamaguchi, donde San Francisco Javier levantó la primera iglesia de Japón. Siendo estudiante leí *The Christian Century of Japan* de Charles Boxer, y finalmente descubrí que Colón llegó al continente americano buscando la ruta del Japón. Es fantástico”. Más fantástica parece su visión de la transición española: “España y Japón estaban en la periferia de la cultura democrática, y gracias a la muerte de Franco el país se modernizó en menos de treinta años. En cambio, en Japón la modernidad tardó un siglo y precisó bombardeos atómicos”.

Evocando el paisaje japonés de la posguerra arribamos al episodio más íntimo: “Vine a Sevilla en 1970, cuando en España ya había comenzado el proceso de industrialización. Pero en tiempos de Franco Andalucía todavía era una sociedad rural. Por eso aquí me sentí como en mi país, como en Hiroshima antes de la II Guerra Mundial”. ¿Y en qué se parecen Hiroshima y Andalucía? “En muchas cosas. Sevilla, sobre todo. Hiroshima también está construida en el delta de un río, aunque no tan grande como el Guadalquivir. El clima, los escenarios urbanos y hasta el carácter de la gente, todo es muy similar. Entonces yo no era consciente, pero después de veintisiete años he comprendido que por eso amo tanto Andalucía”.

Reiji Nagakawa deplora la postal turística de España en Japón, pero tiene ideas muy sensatas sobre el flamenco: “No hay nada semejante al cante jondo en todo el mundo, salvo en Japón, donde existe un gran respeto por las expresiones artísticas que consideramos únicas y puras. En España debería haber algo semejante al sistema de *cajones* japoneses, pues algunos artistas acabarían con el flamenco si continúan con las mezclas y fusiones”. ¿Si el flamenco fuera japonés estaría considerado y protegido como una especie en vías de extinción?, ¿cómo un exponente más del intangible patrimonio artístico? “Por supuesto que sí”, machaca rotundo.

Sólo queda preguntar qué autores españoles ha leído y a quiénes le gustaría traducir. No vacila ni un instante en su enumeración. Le gustan Cervantes, Clarín, Cela, Luis Goytisolo y Delibes. Pero si se trata de traducir tan sólo le interesan dos: Quevedo y Antonio Machado. “Pocos poetas europeos podrían ser traducidos tan bien al japonés como Machado”. ¿Será porque suena Masado?, quiero saber. “Tal vez”—contesta divertido— “aunque en realidad no signifiquen nada”.

**“En Japón es importante hacer lo que hace todo el mundo. Por eso Japón está en las antípodas de España”**

**“Algunos artistas pueden acabar con el flamenco si continúan con las mezclas y con las fusiones”**